

ÍNDICE

Tema 1: Las Revoluciones atlánticas y el Imperio Napoleónico (1789-1814)	13
1. La Revolución americana y el nacimiento de los Estados Unidos	15
1.1. Causas de la revolución	16
1.2. La guerra de Independencia	16
1.3. La Constitución de los Estados Unidos	17
1.4. Consecuencias de la revolución atlántica	18
2. La Revolución Francesa (1789-1799)	19
2.1. Causas de la revolución	19
2.2. Etapas de la revolución	21
• Los Estados Generales	21
• La Asamblea Constituyente (1789-1791)	21
• La Asamblea Legislativa (1791-1792)	23
• Convención y República (1792-1795)	24
• La reacción termidoriana(1794-1795)	26
• El Directorio (1795-1799)	27
3. El Imperio napoleónico	28
3.1. El Consulado	28
3.2. El Imperio	30
3.3. Las campañas napoleónicas	32
3.4. El Bloqueo continental	34
3.5. La caída del Imperio	36
Tema 2: La imposición del liberalismo sobre el Antiguo Régimen (1814-1848)	41
1. La sociedad de la Restauración	43

2. La Europa de la Restauración	44
2.1. El Congreso de Viena y sus postulados	45
2.2. El nuevo mapa de Europa: Francia, Polonia, Inglaterra, Prusia, Austria, Italia, Rusia	47
2.3. La Santa Alianza	49
3. Ideas políticas	50
3.1. Liberalismo	50
3.2. Democracia	52
3.3. Nacionalismo	52
4. Las revoluciones liberales de 1820	53
5. La cuestión de Oriente	55
6. Las revoluciones liberales de 1830	55
7. Las revoluciones democráticas de 1848	58
8. El realismo	61
Tema 3: La industrialización y el cambio social en el siglo XIX	65
1. La Primera Revolución Industrial	67
1.1. Crecimiento demográfico	68
1.2. Modelo británico de industrialización	69
1.3. La revolución en la agricultura	71
1.4. La revolución en los transportes	72
1.5. La nueva sociedad	73
2. La Segunda Revolución Industrial	75
2.1. Coyuntura económica (1873-1914). Recesión y nueva expansión	76
2.2. Desarrollo industrial. Concentración empresarial	76
2.3. Las potencias económicas	80
3. El movimiento obrero	83
3.1. Ideologías del movimiento obrero	84
• Socialismo	84
• Anarquismo	85
• Sindicalismo	86
3.2. Organizaciones obreras supranacionales: las Internacionales	86

Tema 4: La era de los imperios (1875-1914)	95
1. Democratización de los Estados en el último tercio del siglo XIX	97
1.1. La Inglaterra victoriana: las grandes reformas	99
1.2. La Tercera República Francesa: establecimiento y consolidación del régimen republicano	102
1.3. El Imperio alemán: Gran potencia	104
1.4. La autocracia zarista: de las reformas a la reacción	106
2. Nuevas potencias extraeuropeas: Estados Unidos y Japón	108
2.1. Estados Unidos	108
2.2. Japón	110
3. Imperialismo y colonialismo	112
3.1. Causas de la expansión colonial	113
3.2. Fases de la colonización	114
3.3. Modalidades de colonialismo	115
3.4. Principales imperios coloniales	116
• El imperio colonial británico y el francés	117
• Otros imperios	118
3.5. Consecuencias del imperialismo	118
Tema 5: El mundo entre guerras (1914-1945)	123
1. La Europa de los Bloques	125
2. La Primera Guerra Mundial	126
2.1. Causas profundas de la Guerra	127
2.2. El asesinato de Sarajero: la crisis definitiva	128
2.3. La Conferencia de Paz de París	130
2.4. Los Tratados de Paz	131
2.5. Consecuencias de la Primera Guerra Mundial	133
3. La Revolución Rusa	133
3.1. Rusia a principios del siglo XX	134
3.2. El proceso revolucionario	135
3.3. La Constitución de la URSS	136
4. La Gran Depresión de los años treinta y los anuncios de la guerra	139

4.1. La caída de la Bolsa y crisis económica mundial	141
4.2. El <i>New Deal</i> norteamericano	142
5. La Segunda Guerra Mundial	143
5.1. Los triunfos del Eje	143
5.2. La victoria de los aliados	146
5.3. Las repercusiones de la Guerra	148
Tema 6: Guerra Fría y crecimiento económico (1945-1973)	155
1. El nuevo orden internacional	157
1.1. La creación de Naciones Unidas	158
1.2. La Guerra Fría	159
1.3. La coexistencia pacífica	161
2. El mundo occidental	163
3. La expansión soviética	165
3.1. El bloque del Este	166
3.2. La China de Mao	168
4. Los procesos de descolonización	169
4.1. Causas y consecuencias de los procesos de descolonización	169
4.2. La descolonización de Asia y Oceanía	171
4.3. La descolonización de África	173
5. La Edad de Oro. Crecimiento económico y progreso social	175
5.1. Reconstrucción y crecimiento	176
5.2. El Estado de bienestar	177
Tema 7: Crisis y confrontación (1973-1990)	181
1. La crisis del petróleo	183
1.1. La crisis económica de los años setenta	183
1.2. Recuperación dubitativa y nuevo sistema económico	185
2. La adaptación occidental	188
2.1. Estados Unidos: recuperación e imposición	188
2.2. La repercusión en Europa	190

2.3. La evolución política de Japón	193
3. La crisis del sistema soviético	195
3.1. URSS: expansión y anquilosamiento. La era Breznev	195
3.2. La etapa Gorbachov: la <i>Perestroika</i>	197
3.3. Caída del Muro de Berlín y la disolución del bloque del Este	198
3.4. Fragmentación y desintegración de la URSS	202
Tema 8: El mundo global (1990...)	207
1. La globalización	209
1.1. Transnacionalización e integración económica y comercial	209
1.2. Los grandes bloques económicos regionales	213
1.3. Los efectos de la globalización	215
2. El nuevo orden internacional	217
2.1. Conflictos heredados y dimanados de la desaparición del bloque soviético	217
2.2. Naciones Unidas: Estados frágiles y misiones internacionales	219
2.3. El 11-S y sus consecuencias	220
3. Evolución política internacional	221
3.1. Estados Unidos, la superpotencia en solitario	221
3.2. Europa, unificación y ampliación: Alemania, Gran Bretaña, Francia, Italia	223
3.3. La emergencia de los poderes asiáticos: China, India, Japón	228
3.4. La nueva Rusia	229
GLOSARIO	233

2. LA ADAPTACIÓN OCCIDENTAL

Tras los prósperos años cincuenta y los agitados sesenta, la década de los setenta se desarrolló bajo los efectos de la crisis económica, las tensiones sociales y las rupturas de políticas homologables en el bloque occidental. Estados Unidos debió hacer frente a un doble proceso de recuperación, de la derrota de la guerra de Vietnam y de la crisis del petróleo. Para los países europeos **la crisis fue la principal causa de la paralización del proceso de ampliación de la Comunidad**, mientras en cada país se imponían los planteamientos de proteccionismo nacionalista frente a las dinámicas de cooperación e integración. Japón fue el primer país en adaptar su economía a las nuevas exigencias productivas, por lo que su recuperación fue más rápida e intensa, alcanzando el segundo puesto mundial.

2.1. Estados Unidos: recuperación e imposición

Las elecciones de 1976 se presentaron como una purga para la conciencia estadounidense. James E. Carter, tomando como bandera la honradez y la sinceridad, puso rápidamente en marcha unos **cambios en política exterior y nacional** que reconciliaran a la sociedad estadounidense consigo misma y alcanzaran los máximos niveles de distensión y cooperación. Sin embargo su política doméstica fue una continuidad de la nixoniana, lo que contribuyó a la prolongación de los problemas estructurales que hacían poco competitiva una parte de la industria estadounidense y mantenían altos índices de inflación y desempleo. Su política exterior tuvo tres líneas principales de actuación: el entendimiento con la Unión Soviética (con la que se llegó al tratado SALT II de reducción de arsenales, 1979), la consecución de la paz en el cercano Oriente (acuerdo egipcio-israelí en la Cumbre de Camp David, 1978, para la devolución de la península de Sinaí) y el nuevo papel en Latinoamérica (defensa de derechos humanos, Acuerdo Torrijos-Carter para la devolución del canal a la soberanía de Panamá, 1977). El final de la presidencia Carter estuvo marcado por la revolución chiíta en Irán y la toma de rehenes de la embajada estadounidense, lo que supuso una pesada losa en la conciencia nacional, ya herida por la derrota en Vietnam.

Éste se convirtió en el principal tema de las elecciones de 1980, castigando la continuidad demócrata y permitiendo un fácil triunfo del candi-

dato republicano, Ronald Reagan. Su presidencia estuvo caracterizada por el **endurecimiento** de la posición estadounidense en las **relaciones internacionales**; incrementó los gastos de defensa con el propósito de dejar atrás a la URSS en la carrera de armamentos (bomba de neutrones, Iniciativa de Defensa Estratégica, despliegue de misiles Pershing II y Cruiser en Europa), se opuso a la consolidación de la revolución sandinista que había acabado con la dictadura somocista en Nicaragua y apoyó a Gran Bretaña en la guerra de las Malvinas contra Argentina (arruinando el crédito que Estados Unidos había ganado en América Latina durante la presidencia Carter); y permitió la «contención expansiva» de Israel en el sur del Líbano para frenar el incremento de actividad militar palestina.

La política interior de Reagan, aun sin alcanzar los niveles aplicados por su homóloga Margaret Thatcher, supuso la introducción de **programas neoliberales** en la gestión gubernamental; los primeros efectos producidos incidieron en la disminución de las políticas sociales, el aumento de la marginación y el incremento de la diferencia entre las rentas. La política económica ultraliberal produjo inicialmente resultados muy positivos, reduciéndose la inflación y el desempleo, creando más de siete millones de puestos de trabajo, atrayendo la inversión exterior al ritmo de la recuperación y el incremento de los tipos de interés. Lo más trascendental de su presidencia estuvo motivado por el recorte de impuestos, que con el mantenimiento e incluso subida de gastos conllevó un acusado **incremento del déficit público**. Al mismo tiempo la deuda exterior y el déficit en la balanza de pagos crecían a un ritmo análogo, como consecuencia de un dólar de nuevo muy caro que permitía comprar barato en el exterior y hacía muy difícil exportar en condiciones competitivas. Estas razones fueron el fondo del hundimiento de la Bolsa de Nueva York en octubre de 1987, que abrió una **crisis internacional** que frenó en seco la recuperación generalizada en los años ochenta.

A pesar de todo, y con la promesa de no subir los impuestos, el partido republicano se impuso en las elecciones de 1988, ascendiendo a la presidencia quien había sido el vicepresidente de Reagan durante sus dos mandatos, George Bush. La herencia que éste recibió fue tan positiva en la escena internacional como negativa en el interior. Los efectos del incremento del déficit y el hundimiento bursátil incidían en la economía nacional y hacían ascender la inflación y el desempleo, debiendo reconsiderar su

promesa y viéndose obligado a subir los impuestos. En el exterior, con una gran experiencia internacional previa, Bush debió hacer frente a los cambios trascendentales que supusieron la ruptura del bloque del Este y la implosión de la URSS. El *leit motiv* que había identificado la política exterior estadounidense durante casi medio siglo acababa: la Guerra Fría concluía con la imposición de Estados Unidos.

2.2. La repercusión en Europa

En **Gran Bretaña** durante los años setenta gobernaron los laboristas y en los ochenta los conservadores. Las grandes líneas políticas diseñadas al final de la guerra se mantuvieron durante décadas, hasta que la crisis económica de los años setenta impactó en un tejido económico muy sensibilizado y poco flexible. Durante los años setenta los gobiernos laboristas, dirigidos por H. Wilson y más tarde por J. Callaghan, ampliaron la cobertura del sistema público y los niveles de influencia estatal en la economía al compás de las exigencias de los sindicatos. Sin embargo, lo que se ganaba en el Estado de bienestar se perdía en capacidad competitiva, y la economía británica comenzó un declive que la crisis del petróleo de los setenta multiplicó, hasta colapsar definitivamente el modelo de desarrollo puesto en práctica tras la guerra. Desde comienzos de los años ochenta triunfó la **revolución conservadora**, cuya abanderada fue Margaret Thatcher; su objetivo era que Gran Bretaña volviera a ser competitiva, para lo que puso en marcha una política económica marcadamente ultraliberal, que desmanteló gran parte de los logros sociales anteriores, redujo el intervencionismo estatal y consiguió el inicio de un nuevo ciclo desarrollista.

La evolución política de **Francia** fue ideológicamente contraria. De Gaulle dominó la década de los sesenta, pero al tiempo que crecía la economía y el nivel de vida de los franceses, la sociedad comenzó a criticar el creciente conservadurismo del sistema. Los acontecimientos de mayo de 1968 fueron la culminación de ese movimiento crítico, que aun superado en primera instancia por De Gaulle, acabó obligándole a dimitir un año después. Su sucesor Pompidou fue un mero continuador de la línea conservadora anterior, hasta que la crisis del petróleo puso a Francia, como a todo Occidente, ante una coyuntura que dio paso al gobierno de centro-derecha de Giscard d'Estaing, que desarrolló políticas reactivas pero mantuvo esen-

cialmente las líneas anteriores. En 1981 se produjo la **gran alternancia política**, con el triunfo del socialista Mitterrand, quien ocupó la presidencia durante dos septenios, en ocasiones con gobiernos no socialistas, dando lugar a la «cohabitación». El régimen que tanto había criticado no sufrió cambio alguno, sabiendo personificar tanto o más que De Gaulle la *grandeur* de Francia. El programa socialista (especialmente en el segundo septenio), aplicado en un momento de triunfo del neoliberalismo, abandonó los maximalismos para implementar **políticas monetaristas liberales**, centrando su rasgo diferencial en la profundización del Estado de bienestar, la educación laica, la defensa de los derechos de las minorías y el mantenimiento de una política exterior independiente con explícita voluntad europeísta.

La crisis económica de **Alemania** a mediados de los sesenta hizo necesaria la *Gran Coalición* entre la Unión Cristianodemócrata (CDU) y el Partido Socialdemócrata (SPD) (1966-1969). Ese año se produjo la alternancia con la creación de gobierno por el partido socialista, dirigido por Billy Brandt, que potenció las líneas de la «**economía social de mercado**» y varió considerablemente la política exterior mediante la que llamó *la ostpolitik*; Alemania pasó de ser el principal escenario de la Guerra Fría a establecer líneas de diálogo e incluso comercio con los países del Este, en especial con la RDA y la URSS, de la que fue uno de los principales interlocutores. Tras superar la primera crisis coyuntural de 1965 a 1968, Alemania sufrió la gran crisis de 1973 de forma dramática, si bien fue uno de los países que primero diseñaron políticas adecuadas para salir de ella. Su puesta en práctica a partir de 1974 la realizó el nuevo canciller, el socialista moderado Helmut Schmidt, sucesor de Billy Brandt tras su dimisión. A comienzos de los ochenta una nueva generación de políticos democristianos, liderados por Helmut Kohl, accedió al poder y puso en práctica en la RFA unas políticas neoliberales matizadas por el estilo socialcristiano alemán: el retroceso de los gastos del Estado no redujo su influencia mediadora y su función de garante social, lo que hizo que incluso los sindicatos apoyaran la nueva política económica. Los resultados potenciaron aún más la fortaleza de la economía alemana: las exportaciones se multiplicaron por dieciséis en una década, la inflación bajó del 6 al 1%, el desempleo bajó una sexta parte, y Alemania pasó a ser la **locomotora de la economía europea**. La estabilidad política y la potencia económica hicieron que la RFA aumentara su independencia en política internacional; el mantenimiento de la *Ostpolitik* resultaba especialmente

beneficioso en el momento en que la gestión de Gorbachov transformaba la presencia de la URSS y la evolución de los países socialistas. La apertura húngara permitió un creciente trasvase de población desde la RDA a la RFA a lo largo de 1989, poniendo al gobierno de Honecker al borde del colapso. El gobierno de Kohl puso en práctica una ambiciosa política exterior que tuvo su punto de máximo simbolismo en la caída del Muro (9 de noviembre de 1989) y su culminación con el *Tratado de Unificación* por el que los cinco *länder* orientales se integraban en la RFA (agosto de 1991). El sueño de la **reunificación** de las dos Alemanias se había hecho una realidad.

La recuperación económica, la fuerte vinculación al bloque occidental y la activa participación en la construcción europea permitieron a **Italia**, a pesar de la gran inestabilidad gubernamental, mantener una línea de continuo desarrollo hasta finales de los años sesenta. Durante los setenta hicieron su aparición grupos extremistas neofascistas (Frente Nacional, Nuevo Orden) y comunistas (Brigadas Rojas, Izquierda Proletaria), que desestabilizaron aún más el panorama político, alcanzando su culminación con el asesinato en 1978 del líder demócratacristiano Aldo Moro. Si hasta ese momento los presidentes del gobierno habían sido siempre demócratacristianos, el desgaste, los escándalos y los casos de corrupción que erosionaron a ese partido hicieron que en los ochenta se viera necesario **ampliar el arco de respaldo legislativo** (hasta llegar a la coalición del «pentapartido»), lo que permitió el acceso a la jefatura del gobierno primero al republicano Spadolini y a partir de 1983 al socialista Bettino Craxi.

Al mismo tiempo que se producía un sostenido **crecimiento económico** y en las décadas siguientes se desarrollaban las **bases sociales de los sistemas democráticos** en la vieja Europa, se llevó a cabo una de las más espectaculares prácticas políticas de la posguerra: la reunificación de los mercados europeos y la puesta en marcha de un movimiento de confluencia legislativa, económica y finalmente institucional y política. Aun con claros antecedentes durante el periodo de entreguerras, no fue hasta la década de los cincuenta cuando se sentaron las bases de la **Unión Europea**; en 1952 se fundó la Comunidad Europea del Carbón y el Acero. Con esta base, en marzo de 1957 se firmó el *Tratado de Roma*, que jurídicamente creaba la Comunidad Económica Europea. Aun a pesar de la inexperiencia en los campos de reunificación de mercados y de las duras negociaciones con motivo de las economías coincidentes (en especial la agro-ganadera),

durante los años sesenta se realizó un gran esfuerzo unificador. Antes de la manifestación de la crisis de 1973 se produjo la ampliación de la Comunidad con el ingreso de Gran Bretaña —hasta entonces vetado por De Gaulle—, Irlanda y Dinamarca. La crisis de mediados de los setenta potenció la aparición de tendencias anticomunitarias y en ocasiones algunos gobiernos desarrollaron políticas poco solidarias con el resto de sus socios; la Comunidad no pudo superar los efectos de la crisis —psicológicos, más que económicos— hasta la década de los ochenta.

Hasta ese momento la nueva Europa era todavía más proyecto que realidad; se reflexionaba mucho sobre lo que debía llegar a ser, pero hasta los años ochenta imperaron sobre toda otra cuestión las relaciones económicas y comerciales. Con motivo de la expansión hacia el sur, con la incorporación de tres nuevos Estados miembros —Grecia en 1981 y España y Portugal en 1986—, se amplió el ámbito de decisión; pero sobre todo el Parlamento Europeo comenzó a desempeñar amplias funciones legislativas. La más ambiciosa de las cuales fue la generación de un proceso refundacional, asumiendo el papel de asamblea constituyente. Fruto de todo ello fue el **Acta Única Europea** (1985), que reformaba los tratados anteriores y marcaba la dirección para una ampliación unificadora. Fue significativo que a partir de entonces en la denominación del conjunto desapareciera el adjetivo «Económica» y pasara a llamarse «Comunidad Europea».

2.3. La evolución política de Japón

La principal característica de la vida de Japón desde el fin de la guerra fue la gran **estabilidad sociopolítica**, basada en la Constitución de 1947, en buena medida gracias a la persistencia del sistema de partidos y la alta participación ciudadana en los procesos electorales. La estabilidad se manifestó en la perpetuación en el gobierno del Partido Conservador, el ejercicio de oposición moderada del resto de los partidos y una actividad sindical escasamente conflictiva. Bajo distintas denominaciones, desde 1951 hasta 1993 gobernó el mismo partido conservador (liberal, demócrata y demócrata-liberal, PDL) con mayoría absoluta en el Parlamento. El gran partido de la oposición fue el Partido Socialista —a veces escindido en dos y hasta tres formaciones análogas—, sin el anatema impuesto sobre el comunista y con el apoyo de los descontentos del sistema, pero con el ataque de los grandes

zaibatsu. El Partido Comunista nunca pudo recuperar la influencia que mantuvo en los años inmediatos de postguerra, hasta cierto punto defraudado el electorado por una férrea interpretación ortodoxa que impedía su adaptación a la sociedad japonesa. Por último, los distintos partidos nacionalistas (ya imperialistas, ya militaristas o simplemente nostálgicos) fueron usualmente fuerzas políticas extraparlamentarias.

La línea del ejecutivo nipón se mantuvo uniforme durante cuatro décadas; aun con variaciones significativas entre los distintos gabinetes, las bases del sistema, los objetivos perseguidos y los agentes y medios operativos permanecieron constantes. Contando con el beneplácito de Estados Unidos, una **firme y posibilista política exterior** y estrechamente vinculado al mundo de la industria y el comercio, el gobierno priorizó los **logros económicos**, dejando que el mercado regulara la socialización de los beneficios.

Hasta 1983 el PDL gobernó con mayoría absoluta; en los primeros años cincuenta existió una evidente rivalidad entre la línea de Yoshida y la de Hatoyama (Primer ministro en 1954-56); tras su dimisión le sucedió el corto gobierno de Ishibashi (1957), hombre de compromiso entre las dos grandes familias conservadoras. El gabinete de Kishi (1957-60) fue el encargado de firmar los nuevos pactos con Estados Unidos y el de su sucesor, Ikeda (1960-1964), debió hacer frente a fuertes tensiones sociales y políticas (asesinato del líder socialista Asanuma —1960— e intento de golpe de Estado, diciembre de 1961) ocasionadas por la disparidad entre el crecimiento de la producción nacional y el considerablemente menor ascenso de la renta nacional y el nivel de vida. Durante la década siguiente los gobiernos de Sato (1964-1972) y Tanaka (1972-1974) centraron su atención en el alza de la renta *per capita* mediante el incremento de la producción.

La efectividad y el crecimiento alcanzado se vieron refrenados con la crisis del petróleo de la década de los setenta, con grupos críticos dentro de su propio partido, donde se prohibieron expresamente las corrientes de opinión. La política exterior sufrió un cambio considerable con la **doctrina Fukuda**, consistente en crear un área de **expansión preferente** en el sureste asiático; para ello se establecieron pactos con los países de la ASEAN, se reconocieron los gobiernos comunistas de Indochina (Vietnam, Laos y Kampuchea) y de China. El gobierno de Nakasone (1982-1989) debió afrontar una nueva pérdida de la mayoría absoluta de su partido; en

coalición con el Partido Neoliberal logró superar definitivamente las consecuencias de la crisis de los setenta y entrar en un nuevo ciclo alcista. Esto permitió que, siguiendo las peticiones de Estados Unidos, aumentara la responsabilidad japonesa en su defensa y en la del área asiática: dada la evidencia de Japón como **segunda potencia económica mundial**, su política exterior debía asumir semejante peso. Esta manifestación del potencial nipón alteró sus relaciones con el resto de países desarrollados, que presionaron para disminuir su déficit comercial con Japón. La larga y fructífera hegemonía de Nakasone al frente del ejecutivo, contrarrestada en el partido por el liderazgo de Tanaka, hizo que su sustitución ocasionara una oleada de inestabilidad.

3. LA CRISIS DEL SISTEMA SOVIÉTICO

3.1. URSS: expansión y anquilosamiento. La era Breznev

Frente a las perturbaciones de la etapa anterior, la **estabilidad política** fue la característica principal de la *era Breznev* en la URSS y todo el bloque socialista europeo. Pero este logro, lejos de manifestar el cumplimiento de los objetivos gubernamentales, encubría profundas contradicciones internas y un alejamiento de las direcciones políticas respecto a la realidad socioeconómica, hasta extremos que hicieron inviable el sistema. Una de las causas fundamentales del anquilosamiento de la política soviética fue la perpetuación en la dirección del partido de un **grupo monolítico** que, preocupado por mantener sus privilegios y sosteniendo invariablemente el mismo discurso, cada vez se encontraba más alejado de la vida real de la URSS y de la evolución de los países bajo su influencia. Otro factor decisivo fue la lectura realizada de las experiencias de Kruschov, que al haber producido inestabilidad aconsejaban **rehuir cualquier tipo de reformas**; de hecho, la nueva Constitución aprobada en 1977 mantenía al PCUS como centro dirigente de todo el sistema, señalando que todo derecho y libertad individual estaban supeditados a los intereses del Estado. Esta parálisis en el campo político tuvo su ratificación en el económico, tercera causa de la crisis del sistema; el atraso de la industria de bienes de consumo respecto a la industria pesada tenía consecuencias negativas en el nivel de vida, a la vez que el déficit de producción agraria repercutía en la balanza comercial con grandes desequilibrios. El cuarto factor fue el aumento de las diferen-

cias interterritoriales, tanto a nivel económico (los ingresos por habitante de las repúblicas bálticas triplicaban a las asiáticas, a pesar de que allí se producía el 50% del acero, el hierro o la energía de toda la URSS), como a nivel de participación política (con el predominio de las regiones rusas) o de desarrollo sociocultural (recuperación de las culturas tradicionales, incremento de las diferencias religiosas).

Estos problemas eran bien conocidos por la dirección del PCUS, como se puso de manifiesto tras la muerte de Breznev, que fue sucedido por dos ancianos Secretarios Generales: Yuri Andropov (noviembre de 1982 a febrero de 1984) y Konstantin Chernienko (febrero de 1984 a marzo de 1985). Andropov, que había sido durante catorce años director del KGB y conocía de primera mano tanto la situación sociopolítica del país como los entresijos del Partido, centró su actuación en tres objetivos: la lucha contra la corrupción administrativa, las reformas para detener el deterioro económico y la necesaria regeneración de la clase dirigente. Su muerte y la llegada de Chernienko al poder ralentizó el desarrollo de estas reformas, pero los apenas once meses de ejercicio del poder impidieron materializar sus proyectos.

La intervención en Checoslovaquia y la proclamación de la *doctrina de la soberanía limitada* hizo que las posibles evoluciones políticas de los países de Europa oriental quedaran paralizadas, sometidas al férreo control de las burocracias de los partidos comunistas respectivos, que a su vez acataban las directrices provenientes de Moscú. Sin embargo, a partir de los años setenta comenzaron a aparecer serias grietas en el bloque del Este; Rumania hacía gala de una independencia en su política exterior que no inquietaba a la URSS (al no cuestionar su pertenencia al Pacto de Varsovia), a pesar de que Occidente jaleara a Ceausescu; en Polonia, Hungría y hasta cierto punto en la República Democrática Alemana se desarrollaron marcos de permisividad social y reforma económica claramente apartados del modelo soviético, tolerados por la misma razón que el caso rumano.

Sin embargo las mayores dificultades no se encontraron en su cohesión como bloque, sino en los crecientes problemas económicos y en el paulatino alejamiento de las burocracias dirigentes de las sociedades nacionales. Como en todo el mundo desarrollado, la crisis energética de los años setenta tuvo amplias repercusiones en estos países, con el añadido de que acabaron definitivamente con las políticas planificadoras.